

Mi cuerpo, al deshacerse, hará jugosa  
la tierra humilde en que el cantueso luce  
su flor morada, rústico incensario.  
Brotarán de mi pecho algunas flores  
y las abejas que zumbando fingen  
un rumor indistinto de plegarias,  
única voz hermana del silencio,  
libarán sus corolas bienolientes.  
Así otra vez mi cuerpo a tus altares  
trocado en cera ha de volver un día  
para morir de nuevo consumido  
por amorosa llama en tu presencia.

PRIMAVERA

Tienes razón: es lo que pasa.  
¡Pero si tú le quieres  
más de lo que creías!  
Son cosas de hombres y mujeres...  
cosas de todos los días...  
Luego, en su casa,  
lo pensaría bien, tranquilo.  
Tú ya se lo dijiste.  
Dijiste... la verdad: no es para tanto.  
Y temblaba en el hilo  
de tu voz todo el llanto  
que a solas más tarde vertiste.  
¡Fué tu noche tan triste!  
Contaste hora tras hora,  
pálida en tu desvelo,  
y cuando, al fin, rendida,  
te quedaste dormida,  
ya pintaba la aurora  
con su tenue color tierra y cielo...  
Ya es tarde. Muy alto el sol brilla.  
La mañana es de gloria.  
¡Todo fué una pesadilla,  
pero ya se acabó la historia!  
Levántate. Que el agua fría  
deje más tersa tu piel suave.  
Te estará esperando:  
¡si ya es mediodía!  
¿Y... aquello? ¡Bah! no es nada grave.  
Sí, te espera, de fijo, devorando  
la impaciencia que le consume...  
Retuércete con gracia el pelo.  
Vístete como más le gusta:  
cuerpo blanco, falda justa;  
y el mantón de espuma, el pañuelo,  
el bolso de plata, el perfume...  
¡A la calle! La primavera  
te envuelve toda.  
Cuando bajas por la escalera,  
ya tarareas la canción de moda...  
¡Mírale, al borde de la acera!  
Ya le iluminó tu sonrisa...  
¡Qué pálido está! Ve de prisa...  
¡Pero no, ten cuidado, espera!  
Viene hacia ti derecho.  
Te mira como nunca te miraba.  
¡Vuélvete atrás!... ¿Qué has hecho?  
¿No te mueves? ¿no ves el brillo  
de su mirar? ¡Son dos infiernos rojos!  
¡Ay, socorro!... te clava  
dos rayos en los ojos  
y en el pecho un cuchillo...

FRA ANGELICO

Vuelve, al mirarte, la niñez lejana,  
la quietud inocente y aldeana

que bendecía con unción cristiana  
desde la blanca torre la campana.

Fulgía religiosa la mañana.  
Cielo azul, sol de oro, franciscana  
beatitud. Muy cerca, la fontana  
decía humilde su oración arcana.

Vuelve, al mirarte, la niñez lejana.  
Y el mundo ¿es malo? Y esta vida ¿es vana?

LA MOZA DEL CANTARO

«Beba, señor: es hielo».—Cantarina  
la voz, cual manantial refrigerante,  
fué remedio a mi sed de caminante  
más que la propia vena cristalina.

«Gracias».—Y la piadosa campesina  
sigue, llevando el cántaro, adelante;  
lo apoya en la cadera; su arrogante  
cuerpo a un lado graciosamente inclina.

Yo pensaba: ¡Rebeca!... La voz mansa  
que en la Biblia sonó... «Bebe y descansa.  
Trae hacia la cisterna tus camellos».

Sonreía Eliezer. Los animales  
tendían a los líquidos cristales  
con golosa avidez los largos cuellos...

DE VUELTA DEL PINAR

De vuelta del pinar, en la infinita  
languidez de un crepúsculo serrano,  
sentíamos el júbilo cercano  
de las claras campanas de la ermita.

Un aroma de incienso y un gemido  
vacilante de armonium, al encuentro  
nos venían, moribundos. Dentro  
ya los rezos habíanse extinguido.

¡Qué calma en todo el monte! Refulgía  
la estrella del pastor; el fin del día  
se alargaba, en el silencio solitario...

¡Y aquellas viejecillas que tornaban,  
una tras otra, al pueblo, que pasaban,  
negras, como las cuentas de un rosario!...

POR LA CALLE VIEJA

Sol de invierno en dorado resplandor  
baña y envuelve la ciudad severa.  
Dos niñas, primavera y primavera,  
vienen del campo mudo y sin verdor.

Cantan, y al aire dejan el temblor  
de un cantar que del alma se apodera  
y entre las manos tienen—¡oh primera  
visión de abril!—ramas de almendro en flor.

Al breve paso del grupo gentil  
el corazón de la calle senil  
tiene otra vez, como antaño, un latido.

Es un benéfico soplo vital.  
Abierto al sol, un alto ventanal  
con sonrisa de luz ha sonreído.

CANTARES RIMADOS A LA MANERA  
TOSCANA

Flor de azahar:  
un príncipe tu rostro quiere ver  
y sus galeras vienen por el mar.

Flor de azucena:  
bañada está la huerta por la luna  
y el alma está de tu hermosura llena.

Flor de jazmín:  
tu sueño arrullan con su blando son  
los árboles floridos del jardín.

Flor de retama:  
quiero dejar en tu balcón un ramo;  
despierta, lo verás desde la cama.

Flor de amapola:  
la estrellita del alba está en el cielo  
y tú descansas en tu lecho, sola.

Botón de oro:  
vas a la fuente, y ríe el agua clara;  
vuelves a casa, y se deshace en lloro.

Flor de romero:  
todo el campo es olor, cuando te miro,  
mañanita, venir por el sendero.

Flor de clavel:  
cuando te ríes, parece que el sol  
te hace más tersa y dorada la piel.

Flor de dondiego:  
no sé por dónde voy ni lo que hago  
cada vez que te ríes cuando llego.

Flor de reseda:  
con tu hermosura estás envanecida  
como el pavo real que hace la rueda.

Ramo de flores:  
para ti son amores los cantares:  
para ti son cantares los amores.

ORACION EN EL JARDIN

Yo me quiero morir como se muere  
todos los años el jardín, y luego  
renacer de igual modo que renace  
todo los años el jardín. Se han ido  
los pájaros; volaron en pos de ellos  
las hojas, pero no tenían alas.  
No me quiero morir como las hojas,  
ni quiero ser el árbol de perenne  
verdor adusto, ni el arbusto dócil  
cortado en seto, sino el árbol libre,  
desnudo atleta que en el suelo ahinca  
las fuertes plantas y en el aire tuerce  
los recios brazos: no el verdor eterno,  
sino la fronda renovada, el fruto  
cuando el año lo envíe. Aquí me tienes,  
Señor, desnudo como el árbol. Dame  
tu bautismo de lluvias y tu crisma  
de sol, y dame vestiduras nuevas,  
inmaculadas. El jardín de invierno  
callado está: mi corazón callado.  
Habla tú; luego, vísteme de hojas.  
Algo de tus palabras, al moverse,  
repetirán, como inspiradas lenguas.